

# CRÍTICA:

«El pobrecito embustero»,  
de VICTOR RUIZ IRIARTE,  
por la compañía CARBONELL-VICO



Garmen Carbonell y Antonio Vico

EL difícil sistema teatral de Víctor Ruiz Iriarte consiste en mantener al público en un equilibrio continuo entre lo jocoso y lo dramático; un equilibrio que está siempre a punto de romperse pero que, si no se rompe, produce la farsa. Ruiz Iriarte es autor de muy excelentes farsas; el sábado nos ofreció una nueva: «El pobrecito embustero». Un personaje tiernamente humano —profesor en una ciudad de provincia, cuyo entusiasmo por el estudio le ha hecho perder los contactos humanos y se encuentra como al margen de todos, sin cariños, sin afectos— da la línea dramática de la obra, y su problema está rodeado de peripecias, de frases satíricas, de personajes de contrapunto —creados cada uno de ellos con verdadero amor por parte del autor—, que van creando el clima de la farsa. Hay varias acciones de segundo orden, y todas ellas tienen como base la mentira, el embuste; el pequeño engaño con que cada personaje quiere ir embelleciendo su vida... En este juego de engaños, de fingimientos de los personajes entre sí mientras el espectador sabe la última verdad de cada uno de ellos, está no solamente el medio expresivo de la farsa, sino también su lección de que en la vida todos somos un poco personajes de nosotros mismos, de nuestra propia fantasía.

Otras ideas se desprenden de esta nueva obra de Víctor Ruiz Iriarte: queda expresada la injusticia de determinadas relaciones humanas —y no somos más claros por no revelar la «sorpresa» de la obra, que debe ser conocida directamente por los espectadores—. Y hay hasta un breve sentido de la fatalidad, expresado en el último acto de la farsa —que es el más «serio», aquel en que las ficciones ya están reveladas y los personajes sólo pueden enfrentarse con la verdad.

Por todas estas razones, Víctor Ruiz Iriarte obtuvo el sábado un triunfo más en su brillante carrera escénica. Gustó mucho su farsa «El pobrecito embustero», y el teatro Cómico —donde la obra se estrenaba— le aplaudió sinceramente. Ovociones y carcajadas sonaron tanto al final de cada uno de los dos primeros actos como al terminar la obra, y alguna certera frase satírica fué aplaudida. Víctor Ruiz Iriarte fué reclamado a escena por el público, que le premió por la buena noche que a todos nos hizo pasar.

El éxito es extensivo a toda la compañía. Carmen Carbonell interpretó su papel con fino sentido de la comicidad, y Antonio Vico tuvo brillantísimos momentos de gran actor a lo largo de la representación. Berta Rianza había realizado ya magníficas interpretaciones en otras obras; anoche aumentó aun más su joven prestigio con la creación de un tipo tan excelentemente dibujado por el autor —con verdadera maestría— como realizado por ella; sus escenas con Jorge Vico —cada día más seguro y mejor actor— fueron sencillamente deliciosas y parecieron breves por su gran calidad, y aquí podemos hacer un nuevo elogio del autor. Los demás intérpretes actuaron con seguridad y con eficacia. Dejemos consignado un elogio a la buena dirección de escena y otro muy especial a la elegancia y a la gracia artística del decorado de Emilio Burgos. Con todo ello, señalamos que la primera representación de «El pobrecito embustero» ha sido el primero de una serie de éxitos diarios que deben producirse en el escenario del teatro Cómico.